

santa isabel

abril

1966

la guinea española



Año LXIII

n.º 1602

ALMACENES DUMBO

de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Últimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{os}. 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES REUNIDOS, S. A.

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Líneas

SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras

RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES



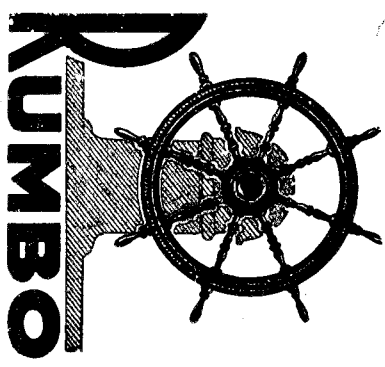
Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

visítenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

Los tabacos



Son..

¡¡Magníficos!!



ATLANTIS

la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL
IDO. CORAZON DE MARIA

FUNDADA EN 1903

Núm. 1602

Santa Isabel, Abril de 1966

Depósito Legal—F. P.. 10—1959,

Sumario

	Pág.
Elementos culturales del pueblo Fang, <i>por Ramón Perramón C.M.F.</i>	66
Aves marinas del Golfo de Guinea <i>por Aurelio Basilio, C. M. F.</i>	69
Ememe <i>por Tomás Martínez, C. M. F.</i>	75
Nueva expedición a la Gran Caldera volcánica de San Carlos, <i>por J. Viñas C.M.F.</i>	79
Datos históricos sobre el origen de la Misión de la finca de Banapá, <i>por el Hno.</i> <i>Andrés Perarnau, C. M. F.</i>	90
Noticiario guineense.....	95

PORTADA

Estos siguen siendo los signos de la
juventud de Guinea Ecuatorial

SUSCRIPCION

Al año: Ordinaria	75	pesetas
De bienhechores	100	pesetas
Número suelto	10	pesetas

Elementos culturales del pueblo Fang

Por R. Perramón, C. M. F.

1.º LA METALURGIA.

Los lectores africanos a esta sección habrán podido observar cómo al estudiar los exponentes culturales de los pámués se encuentran algunas variantes en la descripción de los mismos. Esta se debe a lo que en otras ocasiones hemos expuesto. Hay unidad dentro de la variedad según se trate de las diferentes ramas o subtribus.

Hoy vamos a dar una breve explicación del funcionamiento del alto horno pámué según se practicaba en la tribu Nzomo.

El viajero que entre tal poblado Nzoc—nzomo (Ebebiyín) por el camino que viene de Mfeme verá a la entrada un grande hoyo medio cegado por la vegetación. Es el horno *ncuá* empleado para la obtención del hierro.

Nuevamente hemos tenido ocasión de informarnos sobre el particular recogiendo las noticias facilitadas por el anciano Blas Elá y del actual jefe de Nsok nzomo D. Gregorio Edú.

El primero de los informantes actuó como obrero en alguna de las últimas manipulaciones, por lo mismo es un testimonio de importancia siendo hasta el presente de los pocos supervivientes que conocieron de «visu» este sistema de fabricación. Blas Elá estuvo al cuidado de uno de los 25

fuelles que funcionaron en la última hornada. Suyas son las siguientes informaciones.

Preparativos.

La obtención del hierro era un elemento trascendental en la vida del pueblo fang. A parte de las herramientas, armas y otros utensilios que se fabricaban, eran de hierro las «bikucle» o dinero con el cual se adquirían las esposas. Por lo mismo, prácticamente todo el pueblo trabajaba o estaba supeditado a dicho trabajo. Los niños de ambos sexos eran los únicos que tal vez estaban al margen. Ellos y las mujeres que no vivían con varón quedaban exentos de los «tabú» o prohibidos. Estas mujeres se encargaban de cocinar toda la comida necesaria mientras duraba el trabajo. A las mujeres jóvenes les estaba rigurosamente prohibido manipular en asuntos culinarios mientras estaban en vigor los «tabús» o «ekis».

Desde dos o tres días antes hasta terminar el trabajo, hombres y mujeres debían guardar continencia. Este extraño tabú se repite en muchas circunstancias de la vida familiar fang y seguramente tiene su fundamento en la Biblia. Estos «tabú» los imponía el director del trabajo que era un fetichero, guerrero y como tal «nkuku-

ma» que significa hombre rico o célebre.

El director del trabajo

El personaje de Nsoc—nsomo que dirigía el trabajo de la fundición era Micó Mbo personaje célebre en aquella zona del cual ya hemos hablado en esta revista. Entre los preparativos de estos trabajos figuraba la invocación a los espíritus de los antepasados para pedirles ayuda en asunto de tanta importancia. Varias veces habían comprobado cómo después del rudo trabajo el metal era impuro y exiguo. Para tener propicios a los manes se imponían ritos de purificación de faltas y se colocaba en el fondo de un hoyo el cráneo de algún hombre célebre de la tribu.

Mcó Mbo era especialista en estos preparativos y de tal forma se hizo célebre que era requerido para este menester en otros pueblos. Cuentan que la causa de su muerte fué el haber revelado el secreto de los mágicos preparativos al vecino pueblo de Mbazangun.

El craneo era depositado dentro del relicario *nsec* y todo junto introducido en el fondo del hoyo aislándolo con una escudilla de madera. Sobre ésta se colocaba un buen lecho de ramas del árbol *aseng* y además cubierto todo de tierra.

El alto horno

El hoyo de Nzoc—nsomo tiene de diámetro unos cinco metros y según nuestro informante tenía dos o tres metros de profundo. Varios hombres forzudos trabajaban en excavarlo du-

rante más de una semana. De antemano se preparaban los conductos subterráneos por los cuales pasarían los tubos de barro que conducen el aire de los fuelles. Para que no se obstruyeran se colocaba en cada uno de estos conductos sendos troncos de bananero los cuales, al estar el horno cargado, se sacaban y se introducían los tubos de los fuelles.

Los fuelles se distribuían al rededor. Nada menos que 25 eran los que funcionaban durante la última hornada. Dado que el pozo era profundo había que dar a los conductos del aire la inclinación suficiente para llegar al menos a la profundidad media del hoyo. Por eso esos tubos eran mucho más largos que los que en la actualidad usan los pocos herreros que aún quedan.

El mineral de fundición era la laterita que tanto abunda en Río Muni. Pero aquí era donde más se manifestaba la pericia del director de la fundición, en saber escoger la que contenía más porcentaje de hierro. Él indicaba el lugar de donde se debía extraer y controlaba la calidad. Téngase presente que el pámue antiguo tenía especialistas en varios oficios. El perito de la fundición no tenía nada que ver con el forjador o herrero.

Una vez conseguido el mineral y el carbón necesario se depositaba dentro del hoyo en capas alternas empezando por una de carbón hasta terminar en forma de cúpula la cual se cerraba con una tupida red de troncos de bananas en los que se practicaban orificios para la salida del humo.

Para mayor comodidad se armaba

sobre el mismo horno un tinglado de nipa quedando así al abrigo de las inclemencias de la lluvia y del sol.

Los fuelles eran protegidos por un parapeto de troncos de banana verde hasta la altura conveniente para defender del calor a los que los manejaban. Los individuos que manejaban los fuelles estaban sentados en taburetes llamados «kua». Se designaba a dos hombres para cada fuelle los cuales se iban turnando de día y de noche siempre en el mismo fuelle.

El horno sólo se cebaba una vez. Terminado el combustible, se abría el horno para extraer el metal. Según nuestro informador, esta operación duraba varios días. Si al descubrir el horno se vía que no había quedado lo suficientemente derretido el mineral, se volvía a cargar con nuevo combustible. El metal que caía junto a cada fuelle era repartido entre los dos operarios del mismo. Luego se entregaba al herrero para que forjara dinero o herramientas, según lo que cada cual necesitaba.

La paga del herrero era reservarse para sí un trozo de hierro de cada cliente según marcaba la ley. Y para evitar el fraude, el cliente presenciaba

las operaciones de manufactura del objeto hasta su terminación.

La propagación del hierro en africa.

Los autores no están acordes sobre la fecha del descubrimiento del hierro en África. Algunos señalan el siglo XII después de J. C. Otros aseguran que se descubrió varios siglos antes de la era cristiana. Tal vez los estudios arqueológicos nos den pronto alguna luz. Lo cierto es que en Río Muni el material lítico es muy escaso lo que prueba que este instrumental debió olvidarse en fecha muy lejana. Además nosotros hemos encontrado restos de fragua en estratos arqueológicos seguros y que parecen muy antiguos.

Nuestro buen amigo Dr. D. Eduardo Ripoll Perelló, Director del Museo Arqueológico de Barcelona ha mandado instalar en un grupo plástico de la Edad del Hierro de dicho Museo uno de estos fuelles de Río Muni pues recuerdan a los encontrados en las excavaciones arqueológicas de Egipto donde se supone vino la expansión del hierro por todo el Viejo Continente.

Aves marinas del Golfo de Guinea

V.—Golondrinas de mar

Por Aurelio Basilio, C. M. F.

(Continuación)

Sterna sandoicensis sandvicensis.

Golondrina de mar patinegra.

En el color del plumaje es casi igual a las dos anteriores. Pero el tamaño es notablemente mayor: 38 cms. de longitud por 90 de envergadura, de ala 30 y pico 5'5. La cola en cambio es proporcionalmente mucho más corta, 13'5 cms. Las plumas de la cola se alargan formando un corto penacho que, cuando el ave está excitada, se pone erguido. El pico es negro con la punta amarilla; los tarsos y pies son negros. El capacet negro de la cabeza en invierno está bastante estriado de blanco y la zona blanca de la frente es más amplia que en las anteriores especies; en verano la cabeza es totalmente negra, incluida la frente.

Es especie eminentemente marítima. Cría en grandes colonias en las costas e islas de los mares europeos incluido el mar Caspio. En invierno se corre por toda la costa occidental de Africa hasta el Cabo de Buena Esperanza. Se la ha hallado en sitios muy próximos a la Guinea Ecuatorial Española, Gran Batanga, en la costa

del Camerún y en Libreville y Port—Gentil en las del Gabón.

Sterna albifrons guineae. Golondrina de mar enana.

Es una especie de pequeño tamaño: 20 cms. de longitud por 50 de envergadura; de ala 16 y el pico 2'8. Se distingue por su pico amarillo con la punta negruzca y por sus pies también amarillos. Pero en la época invernal, cuando no cría, el pico se vuelve negro y los pies negro—rojizos. La frente es siempre blanca; el resto de la cabeza es negro en plumaje de verano o de cría, y gris, con solo la nuca negra, en el de invierno. En las alas las dos rémiges primarias externas son negras y las demás grises. El dorso es también gris; la cola, las mejillas y todas las partes inferiores son blancas.

Anida esta golondrina en Africa occidental dentro de la llamada Guinea Superior, desde Senegambia hasta Nigeria, lo mismo en costas marinas que en las orillas de ríos interiores. En sus incursiones, fuera del

tiempo de cría, se corre por todo el Golfo de Guinea hasta las costas del Gabón.

La raza típica, *Sterna albifrons albifrons*, de tamaño algo mayor y con la punta del pico de un negro intenso, es europea; pero en invierno visita también las costas africanas, aunque sin llegar al Golfo de Guinea.

Sterna balaenarum.— Golondrina de mar africana.

Del mismo tamaño que la precedente, se distingue por tener el pico casi enteramente negro, apreciándose sólo un poco de amarillo en la base de la mandíbula inferior. La frente es también negra como el resto de la cabeza; todo el demás plumaje en las

partes superiores, incluida la cola, es gris; en las inferiores, enteramente blanco.

Anida en las costas occidentales del sur de Africa. Como excursionista viaja hasta el norte, llegando en sus correrías hasta Nigeria. En las costas gabonesas es bastante común entre los meses de Abril a Noviembre, es decir durante el invierno austral.

Sterna maxima albididorsalis. — Golondrina de mar dorsiblanca.

Es una de las mayores golondrinas de mar, superada sólo tal vez por la especie del Mar Caspio. Llega a medir 46 cms. de longitud por 104 de envergadura, de ala 35. El pico, ancho y muy robusto alcanza 66 mm. y el tar-



Golondrina de mar cariblanca

so 32. En la coloración del plumaje y con su penacho occipital se parece mucho a la especie anterior. Se diferencia por su pico enteramente amarillo en todas las estaciones, y porque el dorso es de un gris tan pálido, que a cierta distancia parece blanco; de aquí su nombre específico *albidi-dorsalis*, de dorso blanquecino.

Cría en la zona norte del Africa occidental desde el Cabo Blanco hasta el río Senegal. Como excursionista se extiende hacia el sur hasta el río Congo. En las costas del Gabón se la ha observado frecuentemente.

La golondrina gigante, que habita las orillas del mar Caspio (*Hidropogone caspi*), de 52 cms. de longitud por 130 de envergadura, muy llamativa por su tamaño y por su robusto pico, de un brillante color rojo anaranjado, ha sido citada dos veces de las costas gabonesas.

Sterna fuscata fuscata.—Golondrina de mar sombría.

Todo el plumaje presenta un bello contraste de blanco y negro. Son de color blanco: la frente, las mejillas y toda la parte inferior del cuerpo; son negras todas las partes superiores, excepto la frente. La cola, cuando está desplegada en el vuelo, aparece profundamente anorquillada y con los bordes blancos. Sus medidas son las siguientes: 41 centímetros de longitud, 92 de envergadura, 29 de ala, 18 de cola y 4'2 de pico.

Anida en las islas del Océano Atlántico, desde el mar Caribe hacia abajo, dentro de los climas cálidos.

Nosotros hemos obtenido un ejemplar en Fernando Poo, y también se ha observado en la Costa del Camerún. Pero parece ser que en el Golfo se halla solamente como excursionista.

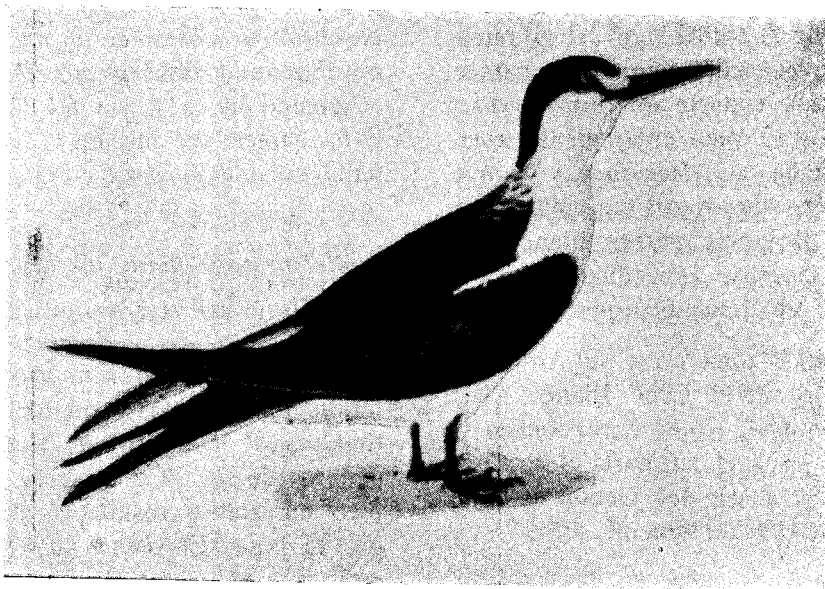
Sterna anaethetus melanoptera.—Golondrina de mar embridada.

Se parece mucho a la especie anterior; pero es más pequeña: 32 centímetros de longitud por 78 de envergadura, de ala 25 y de cola 14'5; el pico en cambio resulta algo más largo, 44 mm. El blanco de la frente está más reducido, pero se continúa en una banda supraocular, que le forma una especie de brida, de donde le viene el nombre. El dorso es gris en vez de negro; y separando el gris del negro brillante de la cabeza tiene un collar blanco completo, que sirve bien para distinguirla de las demás especies.

Esta raza es residente en el Golfo de Guinea, anidando en las islas de Príncipe, Sao Tomé y Annobón. La raza típica de la especie (*Sterna anaethetus anaethetus*) es un habitante de las Islas Filipinas.

Chlidonias nigra nigra.—Golondrina de mar negra, o Fumarel común.

El género *Chlidonias* comprende golondrinas de mar, que tienen la cola ligeramente ahorquillada o simplemente algo escotada en el centro, las alas muy largas, sobrepasando bastante la punta de la cola cuando están plegadas, y el plumaje generalmente de tonos oscuros, por lo que también



Golondrina de mar sombrilla

se les da el nombre vulgar de fumareles, es decir, de color de humo.

El fumarel común, en plumaje de verano, tiene la cabeza de color negro de humo, lo mismo que toda la parte inferior del cuerpo, excepto las cobertoras infracaudales, que son blancas. El dorso, las alas y la cola son de un gris pizarroso. El pico es negro; los tarsos y pies negros con tinte rojizo. En ropaje de invierno, que es como aparece en Guinea, tiene la frente, el lorum y las mejillas de color blanco; el resto por encima de un gris ceniciento; en las alas destacan las dos primeras rémiges primarias con un tono mucho más oscuro que las otras, pero con raquis blanco. Por debajo es enteramente blanca, aunque de un blanco grisáceo y, resaltando en este fondo, dos manchas oscuras a los lados de la pechuga delante de las alas.

El tamaño es medianco: 22 cms. de longitud por 54 de envergadura; de ala 18'5 y cola 7'5; el pico 26 mm.

Cría en la mayor parte de Europa y en el Asia occidental. En invierno emigra a Africa llegando hasta Angola y el lago Victoria. Comunmente anda en aguas interiores, construyendo nidos flotantes en lagunas y pantanos. De paso se la puede hallar también en las costas marinas. Nosotros mismos hemos podido examinar un ejemplar cogido en la playa de San Carlos en Fernando Poo. También se le ha encontrado en Libreville en las costas del Gabón.

Chlidonias leucoptera.—Golondrina de mar aliblanca.

En ropaje de verano o de cría tiene toda la cabeza y el cuerpo de color

negro, la cola blanca y las alas de un gris claro con una franja blanca en los hombros. En ropaje de invierno el colorido es casi igual al de la especie anterior, pudiéndosela distinguir solamente por carecer de las manchas negruzcas a los lados de la pechuga y por tener la punta de la cola muy ligeramente escotada, casi de corte cuadrado.

Cría en el sudeste de Europa y en gran parte de Asia hasta China. En invierno emigra a regiones del sur. En Africa se extiende por casi todos los sitios. El ornitólogo inglés C.H. Fry halló un ejemplar joven en la laguna de la apartada y pequeña isla de Anobón en Agosto de 1959.

Chlidonias hibrida hibrida.— Golondrina de mar cariblanca.

En el plumaje de verano se distingue de las anteriores por tener las mejillas y lados del cuello blancos, y el pico rojo carmín, contrastando con el negro brillante de la calota. El resto de su ropaje por encima es de un gris ceniza, y por debajo pardo ahumado.

En invierno cambia como la mayoría de las especies su indumentaria. La frente, el cuello y las partes inferiores se visten de blanco; el resto de las partes superiores de un gris ceniciento, aunque en las alas es de un gris más oscuro con una banda central más clara. El pico es negro con las comisuras rojas, los pies son rojos y las uñas negras. El tamaño es mayor que en las dos especies anteriores: longitud 36 cms., envergadura 75, alas 23'8, cola 14'2, pico 3'4.

Cría en Europa y en el norte de Africa. En la época invernal se corre como excursionista por el centro de Africa hasta el Ecuador. Nosotros obtuvimos un ejemplar en mayo del 57 en Fernando Poo. Formaba parte de un pequeño grupo que revoloteaba por la bahía de Venus cerca de Santa Isabel. En el mismo puerto es frecuente hallarla en los meses invernales, merodeando alrededor de los busques.

Anous stolidus stolidus. Golondrina de mar tonta, o Nodi común.

El género *Anous* tiene la cola redondeada en vez de ahorquillada y el plumaje es casi enteramente negro en todas las estaciones.

El nodi común tiene el plumaje de un negro o pardo oscuro de hollín, menos en la frente, que es gris blanquecina junto al pico, y luego más sombría hasta esfumarse en el oscuro general; las grandes remeras de las alas y las timoneras de la cola son de un negro más intenso que el resto. El pico y los pies son también negrísimos. Mide 39 cms. de longitud, 83 de envergadura, 28 de ala 14 de cola y 4'2 de pico.

Cría en islas e isletas del Atlántico sur. En el Golfo de Guinea existen grandes colonias nidificadoras en las islas de Príncipe, Sao Tomé y Anobón. En Fernando Poo y en la costa continental sólo se las ve muy esporádicamente y de paso.

Melanopterus minutus atlanticus. Nodi de caperuza blanca.

Parecido al anterior, pero más pe-

queña, y con la frente y toda la parte anterior de la cabeza de color blanco, en fuerte contraste con todo el resto del plumaje, que es de color negro ahumado. El pico negrísimo y los pies pardo—oscuros. Mide 34 cms, de longitud por 67 de envergadura; el pico 41 mm., casi igual al de la especie anterior.

Cría en los mismos sitios que el nodi común, yendo con frecuencia asociado a él. En Annobón nosotros pudimos ver colonias mixtas de ambas especies, integradas por centenares y aún miles de individuos alrededor de toda la isla.

A los nodis se les suele llamar golondrinas de mar tontas (Lineo tuvo la galantería de dar al nodi común los nombres de *Anous*, es decir, sin

mente, y *stolidus*, que no necesita traducción) por su vuelo vacilante y porque con frecuencia se meten dentro de los barcos, dándose contra los mástiles como atolondradas. Pero nosotros hemos visto que muestran gran sensatez en escoger los sitios para sus nidos, siempre en islotes rocosos rodeados de mar profunda, o en sectores verticales de costa, a conveniente distancia para no ser alcanzados por abajo o por arriba, y cuya base nunca queda descubierta en marea baja. También defienden valientemente a sus crías cuando alguna rapaz intenta robárselas.

Para más detalles sobre los nodis los lectores interesados pueden consultar nuestra obra: *Caza y Pesca en Annobón*



Golondrina de mar patinegra

E M E M E

La serpiente tctem de los bubis

Por T. Martínez, C. M. F.

Las serpientes gozan en todas partes de una adhesión unánime y general. Culebra que aparece a la vista de cualquier persona es objeto de mortal persecución o, en último caso, se la deja escapar prudentemente con gesto de asco. Sobre las serpientes parece pesar con toda su fuerza la maldición bíblica lanzada contra aquella otra singular serpiente en el Paraíso de Adán y Eva.

Entre los bubis existe, sin embargo, una serpiente muy estimada y apreciada la cual, cuando se encuentra, lejos de ser maltratada, es recogida cuidadosamente con palabras de afecto y llevada a la persona más destacada de la familia o del pueblo. Esta serpiente es la émeme, ébebe o ébeke.

Se la conoce oficialmente con el nombre de «Pitón excavadora o Calabaria». Es de tamaño pequeño, no alcanzando la longitud de un metro. El Padre A. Basilio la describe así: «La cabeza es cónica, sin separación aparente del cuerpo; la cola es también cónica y muy corta, siendo difícil distinguir, desde alguna distancia, ambos extremos; el cuerpo es de bastante corpulencia, por lo que el conjunto semeja una gruesa barra aguzada por ambas partes. Entre los indígenas

unos creen que tiene dos cabezas y otros que no tiene ninguna... El color de la piel es pardo brillante, a veces con tinte rojizo, por encima; y gris o amarillento, con manchas rosadas, en el vientre... Se alimenta especialmente de pequeños roedores. Sale de caza exclusivamente por la noche. De día se mantiene oculta en agujeros de tierra o de troncos caídos, o debajo de espesa hojarasca. Si alguna vez se la sorprende, ella misma hace rápidamente un agujero en tierra hasta desaparecer totalmente. Si se la coge; se enrosca sobre sí misma, escondiendo cuanto puede la cabeza, al modo como hacen los miriápodos, que vulgarmente llamamos milpiés, y en este estado se la puede manipular sin peligro alguno. Aunque muchos indígenas creen que es venenosa, la verdad es que es totalmente inofensiva». (A. Basilio, «Las serpientes de Fernando Poo. Africa, mayo 1965; págs. 251—252).

Vamos a anotar aquí las cosas más principales que hemos recogido sobre esta serpiente.

La émeme habita dentro del bosque cerrado por eso es difícil verla, no obstante ser, en número, la más numerosa de todas las serpientes.



Serpiente “ememe” buena para el hombre y terrible para todos los demás animales

Cuando aparece a la vista del hombre es portadora de buenas noticias, como enviada que es de algún antepasado. Por eso solamente con el hombre es buena. En lucha con los animales puede matar, a pesar de la corta dimensión de su cuerpo, a la mayor boa del bosque. Su fuerza es hercúlea.

Aunque con el hombre es completamente inofensiva no todos se sienten con ánimo de cogerla y llevarla a casa. Estos tales si yendo a la finca se la encuentran por el camino deben hacer como si no la hubieran visto y si está parada se la debe tapar cuidadosamente con una hoja y pasar de largo; del mismo modo deben proceder los cazadores cuando van de caza;

el no hacerlo así les acarrearía alguna seria desgracia.

Como la piel y las vértebras son tenidas en gran consideración por ser necesarias para determinadas ceremonias, de aquí que cuando un bubi encuentra esta serpiente la coja él mismo o llame a otro para que lo haga. Sólo se la puede coger cuando está quieta; si camina hay que dejarla ir en paz.

Se pueden seguir entonces estos procedimientos: tomarla sin más; y mejor colocarle al lado un cesto u otro recipiente o un palo —partido en dos por la punta— mientras se le dicen estas o parecidas palabras: «Si tú eres enviada de esa persona que yo sé,

métete en el cesto o enróscate en este palo»; y élla al punto lo hace.

Una vez cogida se la debe presentar a la persona más destacada de la familia; ésta, u otra persona más diestra, le quitará la piel la cual se deja a secar sobre el hogar; el cuerpo se cuelga de la rama de un árbol en donde aniden hormigas para que éstas limpien el esqueleto que, al igual que la piel, será guardado cuidadosamente para cuando haga falta.

Mientras se guarda viva la serpiente en casa habrá que tomar las medidas necesarias para que no vuelva al bosque pues aunque se la dejara bien tapada desaparecería. Para eso se le cose junto a la cabeza un imperdible y a él atada una cuerda. Así estaba la que vi por vez primera; cuando la tomé en las manos su lengua bifida la acariciaba lo cual fué interpretado por los presentes como buena señal. Y así fué. Entonces mismo pude comprobar una de las buenas cualidades que se le atribuyen: la obediencia. Mientras hablábamos se movía tranquilamente a nuestros pies, trepando por las sillas pero cuando dirigiéndose a ella se le decía con aire imperioso que estuviera quieta, permanecía sin moverse largo tiempo. Cuando aún está viva se la suele poner alrededor del cuello de la persona que ronca ya que es buena medicina para curar la ronquera.

La émeme por ser tan buena con el hombre se ha convertido en prototipo de los hombres de buena voluntad y con ese nombre se califica a toda persona, buena de verdad; y así entre los bubis se aplica a todo aquel que es incapaz de hacer mal a otro.

Cuando una persona es reconocida por todos digna de llevar este nombre se le impone en una ceremonia especial al mismo tiempo que se le entrega una pulsera o brezalete de la piel. El así condecorado por nadie podrá ser molestado y todos le tendrán en gran aprecio y reverencia.

En el año 1897 el Rmo. P. Armengol Coll, Prefecto Apostólico, se dirigía por vez primera al pueblo de Moeri para visitarlo acompañado de los PP. Mallén y Gaspar Perez. Los habitantes de Maddo notificaron a los de Moeri la próxima llegada de los visitantes por medio del botuku del modo siguiente: «Vosotros los de Moeri no temáis ni huyáis porque no suben a vosotros *I mbele* (vibras), sino *Bimeme*» (gente buena y pacífica; bimeme es plural de ememe). (Cfr. La Guinea Española, Año 1931 pág. 260 (1)).

A la joven que ha sabido guardar intacta su virginidad para el día del matrimonio, a parte de los parabienes que tanto élla como la familia recibe por su entereza, se la honra de un modo especial enlazando su cuerpo con un cordón de la piel de la émeme.

Esta piel tiene además una virtud especial contra la esterilidad de la mujer cuando se la aplica con los debidos requisitos. En un poblado oí a uno de los principales —y lo confirmaron los presente— el caso de una familia —y aducían los nombres y su profesión— la cual vivía allí y o era por otra parte de la tribu de la misma raza— cuyo primer hijo, largo tiempo esperado, vino cuan-

la madre se sujetó a este rito. Para aquellos lugareños ese niño así venido sigue siendo —aunque ausente— uno más del poblado.

La vista de la culebra por parte de una mujer en estado es también señal de buena suerte tanto para la madre como para el niño.

Los niños y las niñas suelen llevar tiras de la piel en la cintura o muñeca así como algún hueso del espinazo; todo ello, entre otras cosas, para librarles de desgracias.

En las consultas al «mmo» se acostumbra distribuir a los concurrentes tiras de esta piel.

A pesar de todo lo dicho para algunas personas o familias la vista de esta serpiente es siempre anuncio de desgracias: la muerte o enfermedad de algún familiar o conocido. También lo es si se la ve subir a un árbol o con algún defecto natural o herida; y, por el contrario es buen augurio cuando se la ve comiendo cangrejos.



NUEVA EXPLORACION DE LA CALDERA VOLCANICA DE SAN CARLOS

Una hazaña sin precedentes

La historia de las Expediciones a la Gran Caldera de San Carlos se ha enriquecido con una nueva exploración realizada por el grupo excursionista de la Misión Católica en el pasado mes de Enero. En los seis días que permaneció dentro de la Caldera logró recorrerla en varias direcciones, llegar hasta la pared del fondo y subir a gran altura en busca de un posible camino de salida.

La nota más destacada de esta expedición fué lo que llamamos en el subtítulo «hazaña sin precedentes», que tuvo por protagonista al Hermano Agustín Fernández, que con 70 años cumplidos —parece que los años no pasan por él— realizó la proeza de entrar en la Caldera, con las dificultades que ello supone. Muchos jóvenes quisieran para sí el aguante de este intrépido septuagenario.

Quienes conozcan los peligros que encierra la Caldera, apenas podrán creer que a esa avanzada edad pueda alguien atreverse a subir río Tudela arriba más de siete kilómetros, saltando de piedra en piedra, con peligro constante de caerse, cruzar docenas de veces la corriente impetuosa, a veces con agua hasta el pecho, subir por escarpes muy pronunciados, pasar la cresta de la Federación que pro-

duce verdadero vértigo y atravesar, en fin, el bosque de la Caldera sumamente enmarañado e intrincado.

Pues todo eso lo hizo el Hno. Agustín Fernández, quedando a la vuelta totalmente entero de fuerzas y con pleno uso de sus facultades, de suerte que al siguiente día de regresar se restituyó, como si nada hubiera hecho, a su trabajo cotidiano.

Ante semejante ejemplo de valor uno no puede menos de descubrirse ante este hombre sencillo y fuerte que es el Hno. Agustín, quien, sin ninguna duda, pasará a la pequeña Historia de la Caldera con los honores de un héroe. La historia que vamos a relatar ya tiene un protagonista.

NUESTRO OBJETIVO

Las primeras expediciones que se dirigieron a la Caldera a partir del año 1.963 llevaban un fin bien determinado: Buscar la entrada a la Caldera. Esto se logró el año 1.953 por medio de la Federación de Montañismo, que se apuntó un tanto muy significativo en su favor. No creo que ninguna otra expedición se haya preparado con tanto lujo de detalles como aquella. Gracias a esta prepara-

ción y a la compenetración de todos sus componentes se pudo realizar aquella verdadera hazaña que corrió con elogio de boca en boca y que las agencias y los periódicos dieron a la publicidad.

El camino estaba abierto, pero no dejaba de tener sus dificultades. En realidad entrar en la Caldera por el Tudela seguía siendo empresa de valientes.

¿No habría otro acceso más fácil por alguno de los montes que bordean la Caldera? Si es verdad que antiguamente los bubis conocían un paso que por la Caldera iba a salir a la región de los Balachás, como asegura el P. Aymemí en LA GUINEA, ¿por qué no intentar hallarlo de nuevo?

Son muchos los que citan las palabras del P. Aymemí tomadas del libro «Los bubis de Fernando Poo», ignorando que son un resumen de lo que escribió extensamente sobre este tema en la Guinea Española el año 1927, Núms. 635, pág. 5, 637, pág. 9 y 638 pág. 12.

Resumimos aquí para los lectores los datos más interesantes:

Al partir los batetes de las playas del sur, donde habían convivido con los bokokos, se internaron en el profundísimo valle Ole, en el cual, tiene su origen el río Tudela y está rodeado por las altas cordilleras del suroeste Lopele y Sosó. Fijaron su residencia en el sitio llamado Mboambi y allí vivieron una larga temporada alejados de toda comunicación. Abrieron plantaciones de ñame y de malanga y se multiplicaron de una manera asombrosa.

Se dedicaron también a la caza y a la posca de cangrejos, langostinos y pececillos en los muchos riachuelos que dan origen al río Tudela. Como carecían de todo género de armas e instrumento, se vieron precisados a fabricar cuchillos y hachas de piedra cuyo filo sacaban con el roce de otras piedras mayores.

Cuando, por haber crecido mucho determinaron abandonar aquellos parajes y dudaban por donde debían efectuarlo, dos cazadores que se habían encaramado por aquellos escarpados derrumbaderos, lograron, sin pretenderlo, vencer las cumbres del Lopele. Guiados por los cazadores los batetes salieron de la Caldera y establecieron contacto con los habitantes de aquella zona, cuyo jefe principal, de nombre Boho bo Boake, les recibió muy afablemente y les señaló el lugar donde debían establecerse. Más tarde los advenedizos llegaron a las manos con los antiguos moradores de la tierra por motivos de cultivos, quedando aquellos dueños del campo, mientras que los antiguos batetes se vieron precisados a emigrar más al norte. Sólo respetaron a Boho bo Boake, que tan bien les había recibido, y en el lugar donde éste murió existía una piedra sagrada o «muaririmo», a cuyo cuidado estaba un tal Benito Uri, el único superviviente: según el P. Aymemí, de la familia del Boho bo Boake.

Este último dato puede ser el punto de partida para una información más detallada.

Si lo que dice de las hachas de piedra fuese verdad, forzosamente tendrían que encontrarse dentro de la Caldera algunas de las piedras, tan frecuentes en toda la isla, con los característicos surcos y señales de haber servido para este menester. Hasta el presente no se ha hallado en la Caldera ninguna de estas piedras.

Esta misma tradición que el Padre Aymemí expuso en La Caldera, se la oímos con frecuencia al veterano Misionero P. Pereda, quien aseguraba que en los cincuenta años largos que pasó entre los bubis, les había oído muchas veces decir que los antiguos conocían un camino que entraba a la Caldera por la parte de Ruiché, por el cual entraban y salían con frecuencia.

Este fué precisamente nuestro objetivo: Queríamos en primer lugar llegar hasta la pared del fondo de la Caldera, y, una vez allí, ver, sobre el terreno, la posibilidad de hallar una salida:

EJECUCION DE NUESTRO PLAN

Parecía un plan demasiado ambicioso. Pero había que intentarlo. Lo que nosotros no lográsemos, tal vez podrían verlo realizado los que viniesen detrás.

He aquí, resumidos, y en forma de Diario, los hechos más salientes de nuestra expedición.

Día 2 de Enero.— Concentración de los expedicionarios en la Misión Católica de San Carlos. Pasemos revista a los mismos: R. P. José María Viñas, de la Misión de Concepción;

Hnos. Agustín Fernández, Felipe Núñez y Manuel Blanco, de Santa Isabel; y Hno. Manuel Cabreros residente en la Misión de San Carlos.

Los ánimos de todos son excelentes. Las provisiones se han calculado para 10 días, por lo que la carga que



El Hno. Agustín de 70 años y entre otras muchas cosas explorador todavía de los bosques de Guinea.

cada uno debe llevar, junto con el equipo personal es más que regular. Con estos pensamientos nos entregamos al descanso. Mañana hemos de madrugar mucho.

Día 3.— A las cinco de la mañana estamos todos en la playa para embarcar en el cayuco «fuera borda» de D. Raimundo Ebiole. Un contratiempo de última hora, —no podía faltar, ni sería el último— retrasó nuestra salida: los ayudantes del patrón no han comparecido a la hora convenida. Tras largas y laboriosas gestiones se pudieron contratar tres ayudantes ocasionales, y sin más preámbulos nos hicimos a la mar. Eran las 10 de la mañana.

Por fortuna el mar es más tranquilo que de costumbre, por lo que podemos contemplar a nuestro sabor el maravilloso paisaje de la costa. Apenas salidos de nuestro embeleso nos damos cuenta de que hemos llegado a Moraca, este minúsculo pueblo formado por las casitas de los pescadores de turtugas junto al destacamento de Marina y sólo habitado en esta época del año.

Hemos invertido algo más de tres horas en la travesía. En la playa apenas se advierten señales de vida. Dicen que este año las tortugas se han mostrado muy esquivas. No han llegado tampoco los dos urecanos que nos deben acompañar. Por lo demás, de cara a la noche, no podemos pensar en emprender la salida del Tudela. Así pues, decidimos montar la tienda en la playa y esperar al día siguiente.

Día 4.— Amanece el nuevo día bajo el signo de una nueva contrarie-

dad. Varios de nosotros nos vemos imposibilitados de emprender la marcha a causa de una indisposición causada sin duda por los fiambres ingeridos la noche anterior, deteriorados por el calor y los envases de plástico.

Fue una contrariedad seria; pero también aquí pudimos decir aquello de que «no hay mal que por bien no venga». El malestar se pasó pronto, y la espera forzosa dio lugar a que llegasen nuestros expertos guías Tomás Siabú y Leoncio Riaco. Con su llegada volvieron a renacer los ánimos de casi todos. Digo de casi todos, pues, por desgracia, uno de los expedicionarios, el H° Blanco, el más joven y en otras ocasiones el más valiente, no pudo superar la crisis; a pesar de los cuidados prodigados, y con hondo sentimiento tuvo que abandonar la empresa quedándose en la playa. Después de seis días de espera y agotado por la fiebre y el ayuno forzoso, pudo embarcar, por fin, el día 11, horas antes de nuestro regreso de la Caldera.

Día 5.— Decididamente los contratiempos estaban a la orden del día. Con la baja del H° Blanco hubo que lamentar, momentáneamente, la de Leoncio Riaco. Un acceso súbito de fiebre le dejó postrado y sin ánimo para emprender la salida. En su lugar tuvimos que contratar a dos cameroneses que trabajan en la pesca de la tortuga, para que nos ayudasen a portear la carga hasta el Campamento Besé.

Y la columna se puso en movimiento a las siete de la mañana.

Abría la marcha Tomás Siabú, que con la presente totaliza cinco subidas a la Caldera. Es un experto indiscutible.

El camino discurre al principio por el bosque, paralelo al río Tudela. Es un camino frecuentado por los cazadores de Moraca y algunos de Ureca, que nos ahorra las molestias de las piedras del Tudela. A las dos horas de marcha el cauce del río es el único camino posible, o por lo menos conocido. Camino duro, peligroso, de verdadera pesadilla. La atención que hay que poner para caminar sin pelipso de la integridad física nos priva de admirar las bellezas de aquellos parajes. Pero nuestro objetivo no es admirar bellos paisajes sino llegar cuanto antes a la Caldera. Sólo nos detenemos una vez, junto al «Campamento Cabras» para comer algo y descansar. Un esfuerzo más y llegamos a la entrada de la Caldera, en la confluencia de los dos ríos que saliendo de aquélla forman el Tudela.

No quiero detenerme a describir la grandeza del lugar, ni la belleza de las cascadas, ni el temor que infunden los terribles escarpes de más de 200 metros que hemos de escalar. Todo eso es sobradamente conocido de los lectores asiduos de esta revista. Sólo quiero destacar que para cruzar las cascadas y subir el escarpe se hace imprescindible el uso de cuerdas para pasar las cargas y como medida de seguridad. Hay pasos de verdadero peligro en que toda la atención es poco y donde hay que llevar a la práctica aquel célebre dicho de «todos para uno y uno para todos».

Cuando hemos subido el escarpe, en el que invertimos una hora, no se han terminado todavía las dificultades: nos queda la cresta llamada de la «Federación de Montañismo», por la que debemos avanzar como cabalgando entre dos abismos. A los que padezcan de vértigo no les aconsejamos que intenten pasarla, sobre todo ahora en que se han producido nuevos desprendimientos y en que los árboles tronchados por los tornado, dificultan sobremanera el paso por su cima.

Nuestro plan había sido llegar hoy mismo hasta el campamento Base, dentro de la Caldera. Pero después del derroche de energías en la subida del escarpe y de la cresta, nuestras fuerzas no daban más de sí. A ello se añadió el tormento de la sed. Creíamos encontrar agua pasado el lugar conocido por nombre de Campamento «Monos», y por eso no habíamos llevado ni una gota de tan necesario elemento. Seguir adelante no era posible; volver atrás a buscarla al río hubiera sido temerario. En vista de lo cual decidimos acampar y esperar al día siguiente. A este campamento le llamamos Campamento del fritambo, por el que cazó Tomás y que constituyó nuestra cena.

El tormento de la sed nos hizo parecer interminable aquella noche, la peor de toda la expedición. No faltó quien soñara en fuentes de aguas cristalinas.

Día 6.— Pasó la noche y la misma sed que teníamos puso alas a nuestros pies para llegar cuanto an-



Un misionero de Fernando Poo explorador de la gran Caldera en esta expedición.

tes al ansiado Campamento Base, junto al río. Pero estaba de Dios que otro contratiempo viniese a frenar nuestra marcha. Esta vez fue Tomás, nuestro guía, el que se encontró enfermo. La fiebre le saltaba a los ojos. Hubo un momento en que temimos lo peor; lo peor en este caso era no poder llegar al agua. Fue cuando Tomás se echó al suelo, rendido, resistiéndose a seguir adelante. Pudimos reanimarle algo con los escasos medios de que disponíamos y él hizo lo restante sobreponiéndose a su propia debilidad. Gracias a ese esfuerzo suyo pudimos llegar pronto al agua, con cuya vista desaparecieron nuestros males.

Tras un ligero descanso nos apresuramos a montar el campamento en el emplazamiento ya tradicional y en cuanto a Tomás le acomodamos lo mejor que pudimos, le arropamos con dos mantas y le propinamos los remedios que el caso requería.

Al poco tiempo tuvimos una grata sorpresa: Leoncio Riaco, ya del todo restablecido, se presentó en el campamento con sorpresa por nuestra parte, pues realmente no le esperábamos. Todos le saludamos alborozados y agradecimos su admirable gesto.

El mismo enfermo experimentó una sensible mejoría. Ya podían marchar los dos cargadores cameruneses. Les despedimos agradeciendo sus buenos servicios y una vez que hubieron partido nos pusimos los seis restantes a trazar los planes de conquista de la Caldera.

De los planes propuestos nos quedamos con el siguiente: El primer

día lo dedicaríamos a explorar el afluente de la izquierda de la Caldera; luego intentaríamos, en días sucesivos, seguir el de la derecha, siempre en el sentido de nuestra marcha hacia el fondo de la Caldera. Así lo hicimos en líneas generales, si bien luego fuimos ampliando el plan como se verá más adelante.

Día 7.— Según lo previsto, hoy nos dirigimos hacia el afluente de la izquierda al oeste de la Caldera. Llegamos pronto al río y no sin dificultad bajamos al cauce, al pie de una pequeña cascada. Sorteado este obstáculo fuimos avanzando por el cauce con relativa facilidad, hasta que una importante cascada de unos veinte metros nos cortó el paso. Al pie de la misma nos llamaron poderosamente la atención unas grandes piedras a menera de losas colosales. Luego salvamos el desnivel de la cascada subiendo por el bosque de uno de sus lados. El río se iba encajonando y los pasos difíciles eran cada vez más frecuentes, por lo que tras breve deliberación preferimos regresar al Campamento, a donde nos dirigimos por distinto camino. Pudimos comprobar que esta parte de la Caldera es muy accidentada, con muchos ríos y barrancos. Creemos que debe descartarse la posibilidad de hallar salida por este lado. Como punto de referencia diré que estuvimos enfrente, casi debajo, del peñón o montículo desprovisto de vegetación, que han citado varias expediciones y al que han dado diversas denominaciones, sobre todo la de «piedra del morimó», si bien no es ninguna piedra, por más que lo parezca visto desde lejos.

Día 8.— Hoy empezamos la exploración del afluente de la derecha de la Caldera; concretamente vamos por la margen derecha del río (de espaldas al mar). A medida que avanzamos el río se va alejando cada vez más, y nosotros con él, de las paredes de la Caldera, adentrándose hacia la parte central de la misma.

No observamos nada digno de mención en todo el trayecto. El bosque es muy cerrado y la niebla nos impide tender la vista a la lejanía por los escasos claros que encontramos. Por causa de la niebla, que todos los días se echa sobre la Caldera hacia las 11 de la mañana, resolvemos montar un campamento más avanzado, al que llamaremos «Campamento Central». Al efecto buscamos un lugar apropiado cerca del río y lo limpiamos de la maleza para el día siguiente. Luego regresamos al Campamento Base. La trocha que nos había costado seis horas de trabajo, la recorreremos ahora en una hora.

Día 9.— Muy de mañana nos ponemos en movimiento y procedemos a la traslación del campamento al nuevo lugar escogido el día anterior, y que se encuentra, poco más o menos, en el centro de la Caldera.

Una vez montado seguimos abriendo trocha en dirección a la pared del fondo. Varias horas dura el «chapeo» por un bosque cerrado pero relativamente llano. Calculamos que a no tardar hemos de encontrar el afluente que puede verse en el mapa. En efecto no tardamos mucho en dar con él. Más adelante ya no se encontraría otro río. Lo pasamos por encima de

una imponente cascada. Seguimos avanzando y subiendo a la vez, hasta que desembocamos en una cresta estrecha que marca claramente dos vertientes. Entonces es cuando modificamos nuestro primitivo plan: en vez de seguir hasta el final, que por otra parte vemos muy cerca de nosotros y, como quien dice, al alcance de la mano, preferimos seguir esta cresta que toma la dirección del monte más alto de la Caldera, hacia el este. Nos intriga saber dónde nos puede llevar. Seguimos avanzando... La cresta vuelve a abrirse dando lugar a un bosque de helechos arborescentes, en nada paracido al bosque con el que estábamos familiarizados. Se puede seguir subiendo, pero... es ya tarde y todos estamos rendidos, sobre todo los dos valientes urecanos sobre quienes pesa el trabajo principal de abrir camino. Optamos por regresar al Campamento Central, lo que hicimos sin demora, invirtiendo dos horas en el regreso.

Día 10 de Enero. Lunes.— Amanece el día definitivo. A la hora de la partida no podemos ocultar cierta preocupación: ¿podemos ver realizados nuestros deseos? Vaga por el ambiente cierto aire de desaliento... La noche anterior nuestros guías querían dar por tirminada la exploración. En realidad querían regresar a la playa para llegar con tiempo a la fiesta de Ureca, que se celebra el día 17. Hubo unos momentos de nerviosismo... se discutió... Al fin atendieron nuestras razones y se resignaron a esperar un día más. Era la última oportunidad y había que aprovecharla.

Nos pusimos a recorrer el camino

del día anterior con la velocidad que permitía un sinfín de lianas, árboles caídos y maleza. La mañana estaba radiante de luz. Había que aprovechar ávidamente esta circunstancia para contemplar y fotografiar la pared del fondo, que estaba allí, a muy poca distancia. En ella y a media altura, pudimos ver dos grandes [espacios desprovistos de vegetación, de roca viva. Uno de ellos es visible desde el punto H. En otras expediciones nos llamó la atención y hasta nos intrigó cuando la veíamos en lejanía. «Las pizarras», que así se las llama ya, constituyen un excelente punto de orientación dentro de la Caldera.

Terminada la trocha del día anterior, empezaron de nuevo los machetes su trabajo. El bosque de helechos seguía en dirección ascendente. La esperanza de llegar pronto a una cima daspejada nos daba alientos para ir subiendo sin prestar demasiada atención a los frecuentes arañosos que nos proporcionaban los helechos.

Por fin llegamos a un picacho, de cima afilada y estrecha, desde donde vimos casi toda la Caldera a nuestros pies. Fué un momento de intensa satisfacción. Por fortuna este pico era el comienzo de una cresta muy afilada y pendiente que se orientaba en dirección al vértice geográfico. Hacia allá nos lanzamos con entusiasmo, con frenesí, casi diría con desprecio de nuestras vidas que peligraban a cada paso que dábamos.

Estamos a mucha altura. Lamentamos no haber traído con nosotros un altímetro. Pero calculamos que nos debemos hallar alrededor de los 1700 a 1800 m. En realidad tenemos los

montes de la pared norte a nuestra misma altura y los montes de la entrada los divisamos muy por debajo de nosotros. Ambos lados de la cresta se abren dos imponentes barrancadas.

Seguimos avanzando. No hay tiempo que perder, pues ya la implacable niebla se nos echa encima. De pronto termina la cresta. ¡Nos hallamos subiendo por el paredón! Avanzamos mejor que por la cresta y con menos peligro. La tentación de ir subiendo es fuerte. Creemos haber dado con el camino de salida de la Caldera. Pero la realidad se impone. Y la realidad es que los guías acusan el cansancio de la jornada y se resisten a seguir adelante. Hace rato vamos nosotros en cabeza quedando ellos muy rezagados: Tomás, de ordinario el más arriesgado, no llegó hasta el final, alegando que le daban miedo aquellos pasos tan difíciles.

Con gran sentimiento tenemos que dar por terminada la exploración emprendida con tanta ilusión. Tal vez con uno o dos días más hubiésemos podido resolver la incógnita de la salida.

Antes de partir de allí dejamos plantada una cruz como recuerdo de nuestro paso. Atado a la misma dejamos un bote de nescafé, dentro del cual depositamos una breve reseña de nuestra escalada, con la fecha y los nombres de los expedicionarios.

Regresamos al Campamento Central en el tiempo récord de dos horas. Aquello era una verdadera carrera contra reloj. Los urecanos que al subir se habían quedado retrasados, aho-



En el último punto de la exploración quedó plantada esta cruz

ra descendían con tal velocidad que apenas les podíamos dar alcance. No es la primera vez que observamos este fenómeno. . . Cuando no se tiene una grande ilusión, se ven de muy distinta manera las dificultades.

Una vez en el Campamento Central, recogemos y empaquetamos todas las cosas y lo trasladamos al campamento Base. Nos impone esta medida la prisa de nuestros guías que quieren llegar a toda costa mañana a la playa.

Día 11. Martes.— Al regresar de la Caldera y hasta que no se ha llegado a la playa, hay que mantener el espíritu constantemente en vilo y poner todas las facultades en tensión para no tener un final desgraciado.

Si la subida del escarpe, en la entrada de la Caldera, había sido difícil, más lo fue la bajada. Por la noche, además había llovido y el suelo estaba muy resbaladizo. No es de extrañar, pues, que el descenso fuera más lento que la subida.

A las 12 del mediodía llegamos al Campamento Cabras, y hasta las 5 de la tarde no llegaba a la playa el último contingente de la expedición. Tomás y Leoncio, hacía dos horas que nos aguardaban. Lo verdaderamente importante era que no hubiese que lamentar ningún accidente en toda la excursión y que estuviésemos todos allí sanos y salvos, incluso el Hº Agustín Feranández, que, en la bajada tuvo que sufrir más que los demás debido, más que a los años, al

calzado estropeado y propenso a los resbalones.

En cuanto a nuestros guías todavía les quedaron arrestos para dirigirse a Ureca, donde llegaron ya de noche como luego supimos. Desde aquí les damos de nuevo las gracias por sus buenos servicios. Gracias a ellos tuvimos caza todos los días, lo cual daba variedad y sustancia a nuestras comidas. Son dos excelentes compañeros con los cuales se puede decir que hemos ligado una amistad imperecedera.

Lo restante de la Excursión fue tan prosaico que apenas merece citarse. Dos días estuvimos esperando embarcación que nunca llegó a pesar de las promesas y de las esperanzas que nos habían dado.

El día 13, Jueves, resolvimos ir hasta Ureca, dispuestos a regresar a San Carlos por tierra. En Ureca nos dijeron que estaba para llegar una embarcación. Decidimos probar fortuna una vez más. Esta vez no nos fallaron las esperanzas. En efecto: a última hora del día 14 llegó el cayuco del Sr. Wilson, con un motor «fuera borda» de 30 caballos, en el cual venían varios pasajeros, y entre ellos el P. Pedro Antonio Díaz.

A la mañana siguiente nos dirigimos al embarcadero donde nos recogió el citado cayuco y nos llevó en tres horas escasas a San Carlos. Podíamos respirar tranquilos y satisfechos. La aventura había terminado.

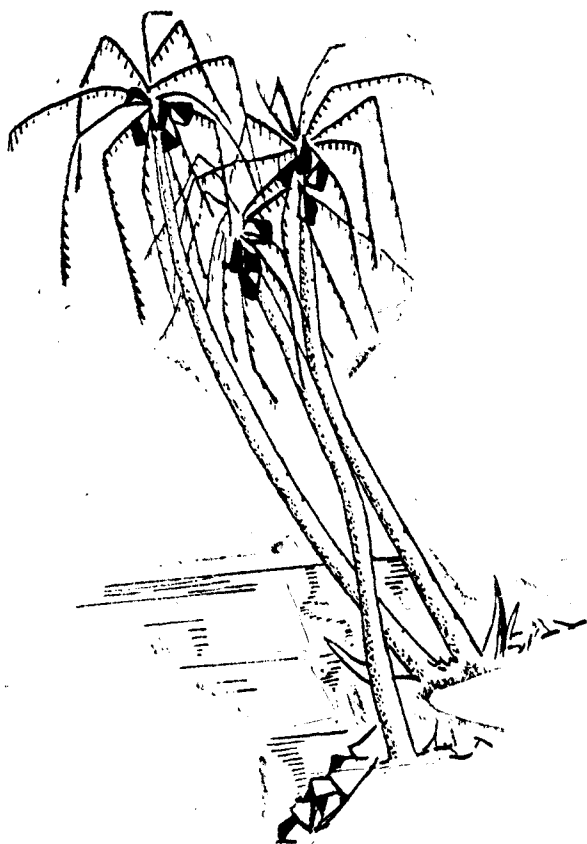
Antes de poner punto final, séanos permitido traer una cita del artículo

que escribió en esta misma revista el Teniente de Navío Sr. Fernández Loaysa el año 1963, pág. 105. Al fin de la relación de la Expedición Herminio, escribe: «Por último queremos hacer constar que en el interior de la Gran Caldera hemos podido vislumbrar en el montículo desde donde se realizó el reportaje gráfico, *una subida no difícil hasta el vértice geodésico*, lo que significaría un camino de entrada más fácil...»

Estas líneas, que no habíamos advertido antes de nuestra excursión, nos han confirmado más en nuestra firme creencia de que hemos dado con una subida, no diré fácil, pero si posible, que va a salir al vértice geodésico de la Caldera.

La puerta, podemos decir, está medio abierta. ¿Quién será el primero en pasar por ella?

El Cronista



Datos históricos sobre el origen de la Misión de la finca de Banapá. Finca modelo y madre de innumerables fincas de la isla y de países extranjeros

Por el Hermano Andrés Perarnau, c. m. f.

(NOTA: Continúa la relación de los trabajos realizados por la Misión para la colonización de Fernando Poo)

AÑO 1907

En este año se ensanchó el camino de la plaza de España al muelle y después se abrió la calle en el terreno del protestante, haciendo un gran corte de tierra que después se fue llevando con vagonetas para formar al camino que iba desde la Factoría de los Mangos; que hoy es la factoría Mallo. En este camino se montó después la vía hacia la plaza de España y hasta el muelle con lo cual ahorramos muchos jornales pues ya no teníamos que descargar la vagoneta de Banapá junto a la factoría Mallo sino que podríamos traer el material de construcción para la catedral desde Banapá hasta la plaza de España.

Con ello nos ahorramos muchos jornales. Pero al llegar siempre a la plaza de España con la vagoneta cargada había que sujetarla con cuerdas para dominar la velocidad en la pendiente pues los frenos no eran suficientes.

En uno de estos viajes los veinte braceros que tiraban de las cuerdas comenzaron a ceder hasta que no tuvieron más remedio que soltarla a pesar de los gritos del Hermano Idoy



Rondalla compuesta por sargentos de marina de Santa Isabel contemporánea de la banda de ocarinas de Banapá,

frenó cuanto pudo pero al verse perdido se arrojó de la vagoneta. Esta al quedarse sola en la pendiente del muelle se lanzó a toda velocidad por las cuesta del muelle, arremetió contra otra vagoneta que allí había y la destrozó. Y siguiendo su camino desenfrenadamente se lanzó a un campo de cubas de vino recién desembarcadas y destruyó también varias de ellas, todo lo cual tuvimos que pagar después a buen precio.

Un día un soldado de marina que se había emborrachado se montó en una vagoneta y bajó esta cuesta a toda velocidad gritando a los que le contemplaban: «Adiós, que me voy a Madrid». Como entonces la vía estaba expedita, él y la vagoneta, atravesando el muelle, se fueron al fondo del mar.

Todos los que contemplaron aquel acontecimiento se fueron corriendo al muelle para ver si rescataban lo que acababa de desaparecer en el agua.

Hubo unos momentos de sobresalto, pero enseguida vieron aparecer al borracho gritando: «Aquí va un submarino, aquí va un submarino» Y gritando así llegó él solo nadando hasta tierra.

En este año tuvimos entre los braceros uno que era de religión mahometana que debía ser muy importante pues todos los demás cuando pasaban junto a él hacían una gran reverencia y otros hacían genuflexión aunque el personaje estuviera trabajando. Este bracero era especialista en trabajar el abacá y gracias a su trabajo se pudieron enviar a la penin-

sula varias madejas de fibra de dicha planta.

AÑO 1908

Continuó el acarreo de la arena y de la piedra para la casa nueva y para la catedral cuyos muros laterales estaban ya terminados. También estaba ya terminada la fachada hasta el arranque de las torres. Faltaba levantar éstas y el crucero del presbiterio. Durante los meses de seca enero, febrero y marzo se ha cubierto de plancha de zinc lisa dirigiendo el trabajo el Hno Ignacio Meabe el cual suplió al hermano Enrique Idoy en la carpintería de Banapá. El Hermano Idoy se embarcó con el M. R. P. Genover, Visitador Delegado de estas misiones.

En este año y el anterior tuvo bastante aumento el pueblecito de Santa Teresa de Banapá con varios matrimonios.

Este pueblo se formó después de la visita del Rvmo. P. Martín Alsina Superior General de los Misioneros. Se edificó junto a la Misión, a unos cincuenta metros más arriba de ella, en el camino central de la vagoneta, en el lugar del cacao más frondoso y fecundo, sacrificando los cacaoteros y arrasándolo todo para bien del pueblo, el cual creció hasta el año 1910. Después comenzó la discordia, las intrigas y venenos y al subir la misión a la casa nueva en 1611, quedó lejos y, según ellos, abandonado, marchando a la desbandada. Pero las causas eran otras. Durante varios años daba gusto verlos venir y asistir de mañana



Banda de ocarinas formada por colegiales de Banapá al principio de este siglo

a la santa misa y por las tardes al rosario. La misión pagaba todos los gastos de casa, muebles y comida, pues eran todos operarios de carpintería, albañiles, sastres, impresores, etc... Todos estos eran jóvenes cumplidos con los talleres y casados con alumnas cumplidas con el colegio y por lo mismo ambos consortes eran instruídos. Actualmente apenas si vive alguno de ellos y lo mismo hay que decir de sus hijos nacidos junto a la misión cuyos bautizos y matrimonios se celebraban con tanto entusiasmo. Así son las cosas de este mundo.

Este año fue muy lluvioso perdiéndose por ello mucho cacao. Se podría mucho porque entonces no se conocía el sulfato de cobre.

La borrica que subía la arena de la playa tuvo en este año un hijo muy simpático. Al poco tiempo de nacer ya iba con su madre a la playa, y a su vuelta por la tarde a la misión todavía le quedaba humor para saltar y jugar hasta por la noche en la plaza. De cuando en cuando iban los colegiales a pescar en el mar con el trasmallo o red grande de unos treinta metros. Uno de estos días subieron tarde y tendieron la red en la plaza para que secara y recogerla al día siguiente.

El borriquillo juguetón comenzó de noche a saltar y jugar con la red. Dio tantas vueltas y se enredó de tal modo que quedó ahorcado en ella. Al día siguiente al levantarse los jóvenes quedaron asustados al

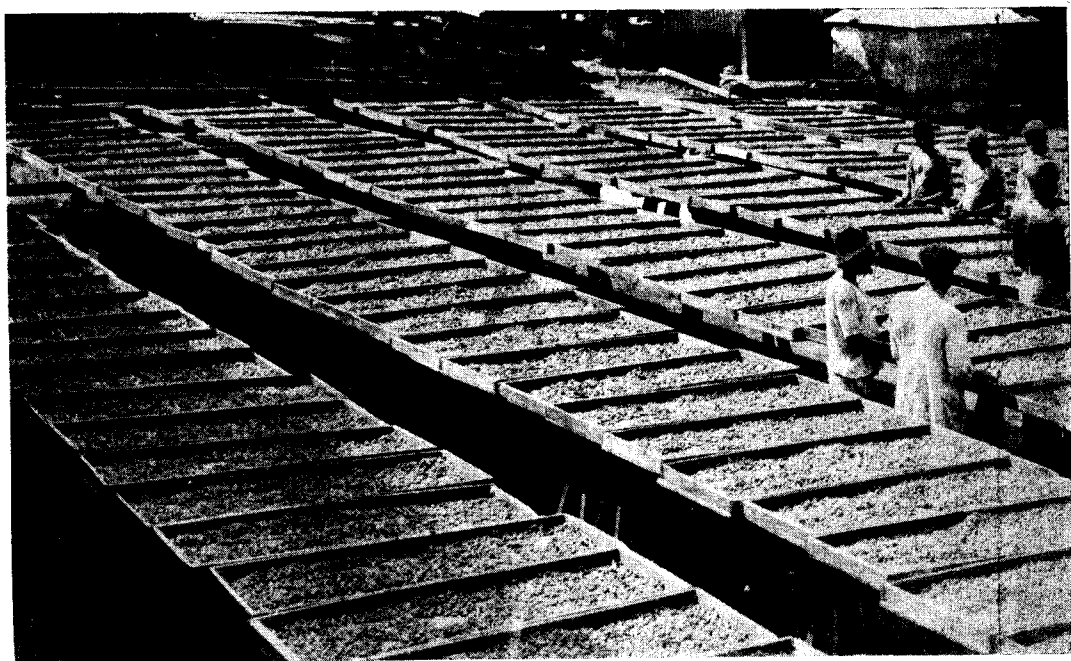
contemplar al pobre animal colgado y todo enrollado en la red. Con esto quedaron fallidas nuestras esperanzas de que pronto podría ayudar a su madre en el acarreo de arena que tanta falta hacía ya que hacia unos meses había muerto una de las mejores mulas que arrastraban la vagoneta.

AÑO 1909

Al comenzar este año la casa—cologio de Banapá tenía ya las paredes terminadas, y estaban ya colocadas las vigas de los pisos. Pasada la seca y temporada de tornados se empezó a cubrir con planchas de cinc. No obstante faltaba aun mucha piedra para el piso bajo y sobre todo arena para los revoques. Para la catedral faltaba así mismo piedra para el piso, pero esto no urgía tanto.

El antipático trabajo de acarrear piedras y arena tuvo que continuar como los años anteriores. Con este motivo la finca se cuidaba deficientemente porque los braceros se pusieron en plan rebelde. Tuvieron que venir pá-mues para trabajar. Estos trajeron sus mujeres las cuales fueron causa de muchas riñas y peleas y de trabajar poco.

El acontecimiento más importante del año fue que en el mes de julio llegó como superior a Banapá el P. Nicolás González que hacía sólo un mes había estado a punto de morir en la isla de Elobey de modo que le daban por muerto. Tuvieron que hacerle revivir con una inyección y gracias a Dios se salvó por aquella vez. Cuando llegó a Banapa todavía andaba valiéndose de un bastón.



Antiguo Secadero de sol para cacao y café

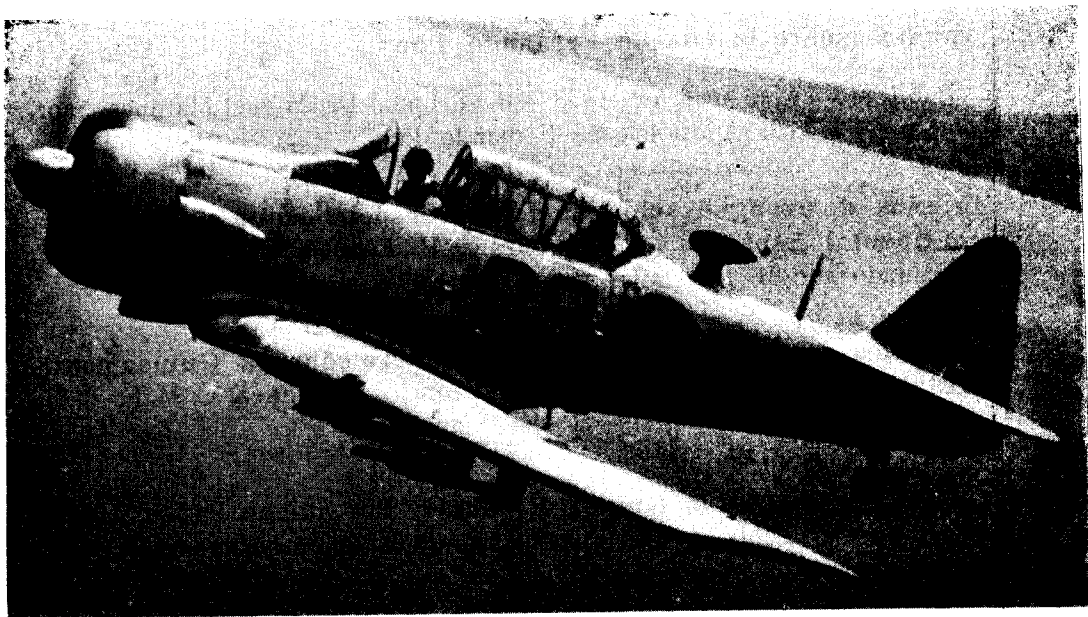
AÑO 1910.

A principios de este año llegó la tubería de hierro que debía montarse dentro del canal de agua que traspasaba la finca del Sr. Maicas y bajaba hasta la casa vieja y servía para el pueblo de Santa Teresa, para la misión y para lavar el cacao. Llegaba a través de dos kilómetros de canal el cual daba mucha lata por-

que se llenaba enseguida de maleza impidiendo el paso del agua. Iban a veces dos hombres y estaban todo el día trabajando y con todo, el agua no bajaba. Era ya cosa corriente que si el Hermano Gómez no iba, el agua no bajaba. Cogía su azadón, iba solo y a las dos horas el agua estaba en Banapá. El tendido de la tubería evitó todos estos inconvenientes aunque costó muchos jornales.



Noticiario guineense



El capitán Miguel Delgado Rosique volando sobre la bahía de Santa Isabel. El día 11 de este mes se estrelló con un avión T-6 - igual que este - en el Pico Santa Isabel en acto de servicio. En este accidente perdió también la vida el Cabo Reina Cabello.



Christan Theodoro

Maestro Nacional de Nigeria. Profesor del «Colegio Claret», de Santa Isabel, terminada su carrera sacerdotal como Misionero Claretiano en España e Inglaterra acaba de ser ordenado Sacerdote en Emekuku, Owerri (Nigeria).

Libros de interés sobre la Guinea Ecuatorial

Apuntes sobre la isla de Fernando Poo

Publicado en Madrid en 1856 por el Ilmo. D. Miguel Martínez Sanz, primer Prefecto Apostólico de Fernando Poo.

15 años de evangelización en el interior del bosque de la Guinea continental Española. Por el Excmo. P. Leoncio Fernández, C. M. F.
Ilustrado con 81 fotografías y un mapa.

Memorias de un viejo Colonial y Misionero sobre la Guinea continental Española. Por el Excmo. P. Leoncio Fernández, C. M. F.
Ilustrado con 44 fotografías y dos mapas.

La Vida animal en la Guinea Española. Por Aurelio Basilio, C.M.F..
Descripción y vida de los animales mamíferos en el bosque tropical africano. Ilustrado con 128 fotografías.

Las aves de la Isla de Fernando Poo. Por Aurelio Basilio, C. M. F.
Estudio completo de todas las aves de la isla, con su descripción detallada, sus costumbres y su distribución geográfica. Ilustrado con numerosas fotografías y grabados en negro y en color.

La isla de Annobón. Por el P. Natalio Barrena, C. M. F. muchos años misionero en la Isla.

Estudio geográfico, etnológico e histórico de esta lejana Isla. Con una introducción y notas del Hermano Ramón Perramón, C. M. F.

Las Industrias líticas de Fernando Poo. Por A. Martín, C. M. F.

Estudio de las hachas y otros instrumentos de piedra prehistóricos, hallados en Fernando Poo. Ilustrado con numerosas fotografías y grabados.

Todas estas obras pueden adquirirse en la Imprenta de la Misión Católica de Santa Isabel.